

tamante en este lúcido y erudito trabajo, tiene que proponer para la solución de sus problemas múltiples unos medios también múltiples, y denunciar la esterilidad que resulta de aplicar un sólo tratamiento: la prisión, irónicamente denunciada por Ferrer, como la sola medicina de las variadísimas enfermedades que se resumen en estos conceptos universitarios: el delito; el delincuente.

M. RUIZ FUNES

LARREA, Julio: *La Educación. Nueva*. Quito, Ecuador, 1951.

Las experiencias obtenidas en una larga práctica pedagógica, los conocimientos logrados por el estudio de los grandes educadores, y el intercambio de ideas habitual en las reuniones internacionales, permitieron al profesor Larrea la redacción de este libro por cuyas páginas se ven discurrir las principales direcciones técnicas y espirituales de la enseñanza moderna.

La obra se refiere principalmente a la escuela primaria, y, por ello mismo, su importancia es máxima, ya que —conforme el autor mismo asienta— “lo primario es lo primero, aquello que no es optativo”

Dentro de esta institución primaria indispensable para el bienestar social, debe concederse una especial importancia a las indicaciones que han de darse al niño acerca de las normas que son consideradas como valiosas por la comunidad, a fin de que se adapte a ellas mediante una previa selección de aquellas que él mismo juzgue como más altas; o sea, que Larrea considera que la función de la escuela elemental debe ser, fundamentalmente *socializadora*.

Pero, como el autor comprende que para la estabilidad social no basta con que un grupo (llamado normal) llegue a socializarse, aboga por una extensión creciente de la educación hacia los deficientes y hacia los excedentes mentales, ya que es totalmente inadecuada la actual política educativa, por la cual “a los débiles se les margina y se les amontona en cualquier parte, mientras que se crea una atmósfera hostil para las mentalidades y las conductas superiores”

El planteamiento sistemático de los problemas atañedores a la educación, se inicia con un deslinde de los fines propios de la escuela primaria, arranque básico, si se tiene en cuenta que lo teleológico es lo específica-

mente humano, y que si una institución marcha a la deriva ello se debe —en la mayoría de los casos— a que ha perdido de vista sus objetivos, única estrella polar que puede guiarla en su travesía.

En seguida pasa a estudiar el autor, la organización de la escuela que, como institución social, precisa de una estructura que la mantenga en pie y que concertando los diversos esfuerzos que en ella concurren, la hagan efectiva y eficaz en cuanto a la consecución de sus objetivos. Sin embargo, en este capítulo nos ha parecido ver una mezcla indiscriminada de direcciones metódicas y de problemas que habrían realizado más su importancia mediante una presentación alterna, en la que, tras de tratar de las “evasiones” escolares o de los desajustes, se ofrecieran las soluciones para estos problemas.

Los métodos modernos de enseñanza y educación (como el Montessori, Dalton, Decroly, Coussinet, Jena, etc.), ocupan la parte cuarta del libro, y en la quinta se estudian las experiencias tenidas por otros países en la aplicación de estos y de otros métodos semejantes. Lamentamos que en este punto se haya hecho una referencia más numerosa a las escuelas europeas, y el que se haya pasado por alto la labor que en nuestra misma América se viene realizando, lo cual resulta más extraño si se tiene en cuenta que el autor ha visitado algunos de los países latinoamericanos, y entre ellos, México.

El espinoso problema de la orientación vocacional —básico desde el punto de vista sociológico— es encarado en la sexta parte de este libro, en la que se hace notar que los cimientos para su mejor planteamiento y solución deben ponerse en la propia escuela primaria, y teniendo en cuenta en todo caso las características psicológicas del niño, y los problemas que esas mismas características comportan en el orden social y en el adiestramiento profesional o técnico.

Sin embargo, el escolar es —por algún tiempo— más arcilla que escultor, más material plástico que mente y brazo conformadores; elemento en cierto modo pasivo que, para realizar el máximo de sus posibilidades, necesita de alguien que se las muestre y que le ponga en camino de convertirlas en fructífera realidad; de aquí que el autor considere que el papel del maestro es nuclear; que para que la educación logre sus fines, hay que formar en él no sólo al técnico o al profesional de la enseñanza, sino que es preciso que, en el maestro, se forme fundamentalmente al hombre. Mediante estas consideraciones se hace patente la importancia de considerar las cualidades personales y sociales, innatas y adquiridas del

educador, así como la calificación de las mismas a fin de construir ese tipo ideal del “buen maestro” que sirva de patrón para todos aquellos casos que la realidad nos brinda.

Al maestro está encomendada la función socializadora, pero no sólo en un sentido restringido y provincialista, sino en un sentido más amplio y universalista; un encaminarse hacia lo ecuménico parece ser el subrayado principal de nuestro tiempo, de tal modo que todo lo que no se acomoda a ese subrayado sale de nuestro ámbito temporal para caer en el de lo anacrónico, en el de lo desajustado, en el terreno de todo lo que produce las crisis de nuestro tiempo; por ello mismo, la tarea socializadora del maestro debe enfocarse hacia un establecimiento de comprensión y colaboración interhumana, hacia un fincamiento de ideales compartidos por todos los pueblos, hacia todo aquello que hace posible la unidad y la paz entre los hombres.

Como puede verse, el libro del profesor Larrea se constituye no sólo en un haz de materiales informativos sino en un encauzamiento formativo que traza rumbos a la nueva educación, que señala directrices más altas y metas más ambiciosas, que centra la función muchas veces olvidada de la escuela en ese formar hombres para el bien propio puesto en función del interés social, único medio por el cual la cohesión puede lograrse y el progreso (tanto individual como colectivo) puede alcanzarse.

HERSKOVITS, Melville J.: *Economic Anthropology*. Alfred A. Knopf. New York, 1952.

Si aceptamos —con los pioneros de la Sociología— que uno de los métodos más adecuados para el estudio de lo social es el histórico-comparativo, podremos considerar la labor cumplida en este libro como una valiosa aportación que, desde el campo de la Antropología Cultural, se hace en favor del progreso sociológico.

Esta labor del autor de “Man and his Works” se encuentra parcialmente en la misma línea de los esfuerzos que Cünow objetivizara en su *Allgemeine Wirtschaftsgeschichte*, pues el diacronismo debidamente tenido en cuenta por este autor, es conscientemente dejado de lado en la obra que reseñamos, en la que se atiende únicamente a la comparación sincró-